

# **PORTALES Y ESTRELLAS**

Esperanza De Meer Méndez

Primera categoría

1º BACH-B

Diciembre, por fin diciembre. Ese mes tan esperado, tan lejos y tan cerca de enero. Ese mes tan frío, y a la vez tan cálido. Ese mes de luces y de alegrías, de finales y de comienzos. Si hay suerte nieva en ese mes tan bonito, que no lo sería si no fuera el mes de la Navidad.

El decimoctavo día de ese mes, cuando ya apenas quedan unos días para empezar la temporada navideña de todos los años, es cuando ponemos nuestro portal de belén. Quizá tarde para muchos, pero para mí es el día perfecto.

Así que aquel día, después de comer y sin perder un segundo, me puse a ello. Y ahí estaba yo, con la misma ilusión de todos los años, abriendo cajas y preparando todo para hacer eso tan sencillo que siempre es tan especial.

Mientras sacaba cada figura, cada pieza y cada detalle, pensé que aquel año nos faltaba gente ayudando, que habíamos tenido que hacer más de un viaje al trastero, y que, de todos los que hace años lo poníamos aquí, hoy la mayoría iban a poner su belén en otra casa, si no lo habían hecho ya. Sentí de golpe algo que yo pensaba que había ido aceptando poco a poco: lo rápido que había pasado el tiempo. Eché de menos como nunca esos años, esas navidades en las que unos horneaban galletas y otros cortaban turrón, unos ponían villancicos y otros preparaban pelis, unos abrían cajas y otros las pintaban con dibujos a rotulador; y luego, todos juntos poníamos ese mismo portal.

Dejé mis recuerdos y volví a la realidad. Colgué de la pared la estrellada tela azul que hacía de cielo. Pusimos la montaña, el camino, las piedras, el musgo y el pesebre. Colocamos los pastores, los Reyes, el Misterio y el Ángel; y no sé cuántas veces cambiamos de sitio las ovejas, como hacía mi abuelo. De lo verde y de la iluminación se encargaron mis padres, y aunque me vendría bien aprender para un futuro, nadie lo hace mejor que ellos. No sé cómo, mi madre consigue cada vez unas plantas más bonitas, y si no fuera por mi padre, la luna no brillaría y el fuego de la hoguera no ardería.

Y mientras yo estaba recogiendo, vi la estrella. Esa estrella que probablemente tenía más años que yo, que brillaba incluso a través del suave papel de seda en el que estaba cuidadosamente envuelta. Esa estrella que, a pesar del paso del tiempo, seguía igual de deslumbrante. Esa estrella me dibujó una sonrisa al hacerme viajar al pasado en lugar de recordarlo; y por un momento, volví a ser esa niña que, sintiendo que volaba en brazos de alguno de sus hermanos, colocaba sobre el portal esa misma estrella. Esa niña a la

que poner la estrella le hacía tanta ilusión como abrir la puerta el día de Reyes. Esa niña que, entonces, inocentemente pensaba:

“Qué afortunada la estrella, que entre todas las demás, fue únicamente ella la que guio a los Reyes al Portal”.

El telefonillo me trajo de vuelta al presente. Resultó ser un paquete a mi nombre, envuelto en copos de nieve y acompañado de un sencillo sobre rojo que impaciente abrí. Era una postal, una preciosa tarjeta navideña de esas que ya no se envían, firmada por todos mis hermanos:

“Feliz cumpleaños hermanita, te acompañamos colocando la estrella”.

Puede que se entienda ahora mejor la elección del decimoctavo día de diciembre como día para poner el belén, y no puedo pensar algo mejor para hacer en mi cumpleaños. Pero ahora mismo, lo que no se me ocurre es un mejor regalo que aquel. Ese inesperado y simple sobre rojo me hizo increíblemente feliz.

El paquete contenía entre otras cosas, unos cuantos sobres rojos. Y es que me conocen demasiado bien, me atrevería a decir que hasta mejor que yo misma. Rápidamente cogí mis pinturas, y me puse a hacer tarjetas de Navidad. Y decidí dibujar estrellas, estrellas como la que me había hecho viajar en el tiempo aquella tarde. Quise literalmente, enviar estrellas. Estrellas para mis personas favoritas, para mi familia, para mis amigos. Estrellas dirigidas a diferentes sitios, más cerca y más lejos, algunas destinadas directamente al Cielo.

Ni siquiera sé cuántas hice, pero desde luego muchas. Cuando hube terminado de dedicarlas y firmarlas, salí a enviarlas. Decidí ir caminando, y como era ya de noche, la calle estaba más iluminada que nunca, aunque en ese momento deseé que no fuera así, solo para poder ver las estrellas. Ya habían pasado suficientes cosas increíbles ese día como para que ahora se apagaran todas las luces de la ciudad para mí, así que cerré los ojos, no para que al abrirlos se hubiera cumplido mi deseo, sino para simplemente, mirar con los ojos cerrados. Ojalá todos aprendiésemos de nuevo a mirar con los ojos cerrados, porque es espectacular. Y fue así como vi todas las constelaciones e infinitas estrellas, unas más cerca y otras más lejos, unas más bonitas y otras más brillantes. Todas esas estrellas que me habían guiado hasta allí, y que me guiaban cada día en mi camino. Estrellas que sin duda se habían ganado ser estrellas.

Llegué finalmente al buzón y dejé en él mis cartas, con la esperanza de que todas esas estrellas, tardaran más o menos, llegarían sin ningún problema a su destino. Y después de eso, volví a casa pensando otra vez en esa niña que hace años colocaba esa estrella. Pero esta vez la niña, que había crecido, pensaba inocentemente:

“Más bien qué afortunados los Reyes de tener a esa estrella que los llevó al Portal, hasta el Niño Dios. Qué afortunados nosotros de tener nuestras estrellas en el Cielo, que nos guían en ese mismo camino”.